

## La bailarina desnuda y el público reverente

Rayza Vidal  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Un espectáculo de danza contemporánea... Una fiesta de movimientos llamada *Hincapié* dirigida por la maestra Petra Bravo en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, la noche del 25 de marzo de 2009... Un espectáculo que despertaba expectativas respecto a la alta calidad artística y a la sorpresa cultural. Pero nunca, quizás, el público de la academia pensó que aparecería de entre las butacas del teatro el cuerpo totalmente desnudo de una de las bailarinas. Un *performance* desvestido.

Y sucedió.

Apareció entre las butacas, no en el escenario. Luz sobre la bailarina. Seguido, ella se quitó la blusa que era lo único que la cubría. Luego, mientras subía los escalones hacia el escenario, también se quitó los zapatos. El público, en silencio. Ya en el escenario, la bailarina desnuda permaneció quieta, sin apenas gesto ni movimiento. El cuerpo femenino desnudo y silencio. La sala llena de estudiantes y profesores, en silencio. La expectativa. Pequeños movimientos y solemnidad de la bailarina quietecita. Los muchachos del frente de mi butaca, mirando. Esperando movimiento y que algo... algo... ¡caramba! ¡qué algo nos justificara tanto decir en el escenario! Porque así: quieta, callada y desnuda, la bailarina decía demasiado. La luz sobre su cuerpo era bajita, discreta. Pero un cuerpo desnudo en escena -de mujer o de hombre- siempre impresiona y siempre "dice" algo. Alguien tosió. Sucedió que, ante la admiración, el efecto callado y las incógnitas del público... la imagen de aquella bailarina desnuda provocaba un momento –para mi asombro lo digo- reverente.

Estábamos reverentes. Reverencia: ese respeto voluntario o temor sin miedo que se siente en la iglesia o ante alguien que admiramos. Eso que se siente cuando estamos delante de alguien por quien retenemos las palabras y sólo sabemos que respiramos y le contemplamos... Reverencia ante la desnudez porque... No sé si aquella danza nos evocaba el nacimiento o la muerte. O si nos hablaba de la sinceridad o del desamparo. No sé si es que se trataba del amor sincero o de la comunión de los seres humanos unos con otros. O de una especie de comunión

desvergonzada compinche de la bailarina con su público espectador. Luego, la figura de la joven se metió detrás de una especie de cortina negra donde la veíamos más o menos opaca. Dio movimientos lentos, luego rápidos, sensación de violencia doméstica, después no, sino de tranquilidad, y salió para el otro lado y allí movimientos más en línea, sensuales y, finalmente, regresó para el lado del inicio a la tranquilidad, pena o pausada soledad del principio. Lágrimas, en el lado oscuro de la sala teatral.

Entonces recordé eventos de escándalo en la cultura puertorriqueña. Aquellas protestas frente al Teatro Tapia, hace unos años, por la censura en torno a la obra de teatro *Chicos desnudos*. En aquella sonada polémica se debatía un grupo de cristianos defendiendo el "pudor" y la "moral" frente a un grupo de teatreros defendiendo el "arte". Confieso que en aquella ocasión me mantuve neutral –como mucha gente: me sentía en el medio, como el jamón del sándwich-. Pero pensé en obras teatrales que sí he visto, en y fuera de Puerto Rico, en las que se ha ofrecido la misma sorpresa de la desnudez. Así resumí mi propia teoría: que algunas veces se utiliza el desnudo como estrategia de publicidad y mercadeo. Otras veces, tomando la desnudez con normalidad, sin dar importancia a la provocación lujuriosa. Otras, para llamar la atención porque el libreto no sirve: carece de contenido, entonces se recurre a lo fácil. Y otras, por darnos una experiencia de conciencia y propuesta estética, en que se exhibe el cuerpo humano como belleza –o fealdad- natural. Estimo que la coreografía de danza que realizó HINCAPIÉ en el Teatro de la UPR, aquella noche, entra en el marco de una propuesta estética, de alta conciencia y arte.

Sin duda, la noche de danza desvestida resultó simplemente mágica gracias a la participación ideal del público. El *público ideal* de un espectáculo teóricamente es el que disfruta, se deja seducir, dialoga con los códigos e interpreta el discurso en el mismo sentido y sensibilidad propuestos por sus creadores. (Es con quien guionista y director sueñan como público.) Pues, resulta que los espectadores de aquella noche, si no lo eran antes, se convirtieron en el público soñado por los realizadores. ¡Sí! Los universitarios se comportaron idealmente. Reaccionaron con todas las virtudes del mejor espectador: abrieron su corazón para tratar de disfrutar y comprender; se dispusieron a la cultura; le siguieron la pista a lo que los artistas y directores nos proponían en el escenario; supieron valorar lo que veían aunque no estuvieran intelectual o moralmente de acuerdo y aunque chocara contra las ideas de cada cual.

Aquel público se permitió la combinación amistosa de la sensibilidad artística y la mirada crítica. Echó a un lado los miedos y prejuicios. Pudo discernir que aquel número artístico no se trataba de un recurso facilitongo ni barato. Todo esto quedó dicho por el signo solemne de la reverencia. Y no es que siempre sea perfecto reaccionar de este modo ante un cuerpo desnudo pero... aquella atmósfera añadió exquisitez al espectáculo. Aquella noche se descubrió el alma de un público universitario como *público ideal* no sólo por casualidad sino por haber asumido una actitud ideal y ética.

La desnudez física es un tema verdaderamente controvertible y conlleva tener que matizarlo bastante. Pero les dejo con esta sensación solemne. La reflexión de un gesto artístico presentado con respeto, hermosura, en el lugar y en el momento adecuado. Porque el teatro es un lugar secreto donde van multitudes... Allí, en ese espacio sagrado para cosas del alma... ¡cuidado, nos pueden sorprender! (Petra, ¡bravo!)